

TAXI GIRL, de MARÍA VELASCO

Premio *Max Aub*, 2017

ANA I. FERNÁNDEZ VALBUENA

“Mariposa de la literatura erótica” llama Henry Miller a Anaïs Nin en la pieza de María, que reúne al célebre trío formado por ellos dos junto a June Mansfield. A lo que Anaïs responde: “Los géneros serán cosa del pasado, los sexuales, pero también los literarios”. Pensamientos de María puestos en boca de sus personajes, pues su propia escritura, no atiende a reglas de géneros en sentido clásico: “Cada vez que alguien dice que el teatro es conflicto, muere un unicornio” provocaba María hace unas semanas desde su perfil de Facebook.

En cuanto a la sexualidad es tema transversal de buena parte de sus piezas teatrales, tratada con naturalidad e irreverencia y siguiendo siempre modelos iconoclastas de épocas cercanas, o remotas. En *Taxi girl* sus referencias son las relaciones de sus tres protagonistas que, además, escribieron sobre ello; en otras piezas es el pensamiento del filósofo transgénero Paul B. Preciado, o el tardo punk de la francesa Virginie Despentes, de cuya obra *Follamé* se dijo que “proyectaba una idea de la mujer que no se inscribe en ninguna categoría de las políticas feministas reconocidas, pero se traduce en un neo-feminismo que desacraliza el cuerpo y la sexualidad de las mujeres, exhibiendo sus cuerpos como lugares de resistencia”.

Dese su propio lugar de resistencia María da a su rompedora sexualidad un tratamiento elegante, casi sofisticado, tanto en la elección de los personajes, como en la cuidada estética de su escritura, bordada de citas y pequeños homenajes que otorgan autoridad a su discurso.

“Estoy enamorada de un mundo nuevo que todavía no ha sido creado”, dice Anaïs de nuevo en *Taxi girl*. Y al poner en su boca estas palabras María extiende un puente de hermandad entre nuestro presente y el de esas mujeres del pasado, pioneras de la libertad sexual, señoras de la literatura y originales modelos femeninos. Porque, con su teatro, Velasco contribuye a la construcción de patrones para los nuevos retos de las mujeres. Porque la historia en singular, y tal es la que se narra de manera fragmentada en esta

pieza, es un pedazo de la historia colectiva y busca conectar con el imaginario común en lo que significa una época.

¿Acaso la experiencia no se conserva gracias al relato? ¿No "nos" contamos para que nuestra experiencia se fije, como se fija el color de un fresco, en el retrato colectivo y pueda convertirse en epónimo de una época?

En el prólogo a su obra *Tratado para saber vivir para uso de las nuevas generaciones* María lo explicaba de este modo¹:

La experiencia personal es una herramienta para el historiador, puesto que la Historia, en mayúscula, se compone de millares de historias, en minúscula. La clave está en simpatizar (sentir con) personajes (históricos) de otras épocas y geografías, "almas –decía Stendhal– a las que quizá no veré nunca pero que adoro sin haberlas visto".

Henry, June y Anaïs son de algún modo compañeros de camino de Velasco, que a través de esta obra homenajea sus filias, como ella dice "para reconocer a la gente que trabaja cerca de ti". Cerca de ella hay unas cuantas dramaturgas hoy en auge en España, entre las que María se mueve como un exponente original, y a la vez con rasgos comunes a la generación a la que pertenece, y a la que aún no hemos puesto nombre.

¿Cómo llamaremos a esta corriente de dramaturgas españolas que hoy tienen entre treinta y cincuenta años, y que ha reclamado el derecho a portarse "mal", y a hablar de ello sin juicios morales?

¿Mariposas, tal vez, de la desobediencia? ¿Amazonas del drama posmoderno? ¿Artistas *beyond genres*?

Nos llamen como nos llamen, larga vida a esta escritura imprescindible y que la sigamos de cerca.

¹ María Velasco, *Tratado para saber vivir para las nuevas generaciones*. (INAEM, Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos, 2012) 10 http://www.mustrateatro.com/archivos/05_Maria_Velasco.pdf (Acceso marzo, 20, 2017).